

La fusión había sido todavía más perfecta por lo que atañe á los hugonotes franceses (1).

El alemán no era hablado más que por un pequeño grupo de individuos, que disminuía sin cesar.

Respecto á los inmigrantes irlandeses, estaban en su mayoría fundidos con la población, y los restantes eran en muy pequeño número para tener importancia alguna.

Los negros habían dejado de formar un elemento importante de la población. La emancipación gradual, comenzada en 1799, terminó en 1827.

En los treinta y cinco años que siguieron á la revolución, la inmigración procedió en especial de Nueva Inglaterra. De aquí resultó que la infusión de sangre, casi puramente inglesa, fué enorme.

Los viejos neoyorkinos miraban con malos ojos esta «invasión de la Nueva Inglaterra», como ellos la llamaban; pero este sentimiento no duró mucho tiempo, pues al cabo de cierto tiempo, muy corto por cierto, era casi imposible distinguir los nuevos de los viejos habitantes.

Igualmente, desde el punto de vista religioso, el pueblo estaba más acorde que hasta entonces lo había estado y que lo ha estado después. Las agrias rivalidades, los antagonismos entre las diferentes sectas protestantes, tan notables en los tiempos coloniales, eran atenuadas muchas veces. El catolicismo romano no había adquirido todavía importancia. La miseria no era entonces grande; y tampoco existían fortunas colosales. Las condiciones de la vida cívica ó municipal no tenían nada de común con lo que son en nuestros días, y entonces no se planteaba ninguno de los formidables problemas que tenemos que resolver hoy día.

(1) Sin embargo, una iglesia hugonote ha conservado siempre su lenguaje, principalmente en interés de los extranjeros.

## CAPITULO XIII

### DESARROLLO DE LA CIUDAD COMERCIAL Y DEMOCRÁTICA (1821 á 1860)

Aumento de la población.—Enmiendas de la Constitución.—Extensión del derecho de voto.—Medidas constitucionales para la elección de los funcionarios.—Prosperidad material.—El canal del Erye.—Transporte por vapor y electricidad.—Iniciativa comercial.—Carreras de Juan Jacobo Astor y de Cornelio Vanderbilt.—Comercio de pieles.—Los *clip-pers* de New-York.—Decadencia de la marina mercante.—Peligros del pauperismo.—Aumento de la inmigración.—La población alemana.—La población irlandesa.—Los inmigrantes se americanizan.—Desarrollo de la Iglesia católica romana.—La epidemia del cólera.—Motines.—Partidos políticos.—Oposición de los católicos romanos al sistema de escuelas públicas.—Poder de Tammany-Hall.—Engaños electorales.—Venalidad municipal.—Intervención del Estado en los asuntos municipales.—Sublevación de la policía.—Arquitectura.—Artes y literatura.—Viajes á Europa y efectos que producen.—Caracteres de la sociedad.

En 1820, New-York contaba próximamente ciento veinticinco mil habitantes.

El deseo de una Constitución más democrática para el Estado fué satisfecho por el Convenio de 1822. Las enmiendas á la Constitución, propuestas y adoptadas entonces ó los años siguientes, tendían á aumentar la influencia directa del pueblo, dando libertad al derecho de voto y á descentralizar el poder en provecho del *self-government* local.

Se abolió el Consejo de nombramiento.

En 1822 fué concedido el derecho de voto á todos los contribuyentes.

En 1826 fueron suprimidas todas las distinciones que tenían por base la propiedad, excepción hecha de los negros. De estos se exigió que continuasen siendo propietarios de tierras.

Conviene observar, que los que más enérgicamente se opusieron al sufragio de los negros, fueron aquellos que se mostraron más celosos defensores del sufragio universal para todos los ciudadanos de raza blanca, cualquiera que fuese su pobreza ó ignorancia, mientras que, por otra parte, los antiguos federales y los conservadores, que se oponían enérgicamente al sufragio universal y que predecían terribles males para el Estado, abogaban por que se concediese á los negros iguales derechos que á los blancos.

No hay motivo, por consiguiente, para extrañarse de que los negros libres hayan votado generalmente con los federales, precisamente por idéntica causa que, en fecha posterior, en los Estados del Sur, como en la Carolina del Norte, determinaba á los negros á seguir siempre la dirección de la aristocracia local en todas partes donde los negros libres tenían derecho de voto, lo mismo en tiempo de la esclavitud. El populacho blanco, que odiaba á los «aristócratas» blancos y profesaba el sentimiento de la más absoluta igualdad entre los blancos, protestaba enérgicamente contra los derechos de los negros y favorecía el establecimiento de castas aristocráticas é inferiores, cuyo color marcaba la separación. La conducta del partido popular para con los negros estuvo lejos de favorecerle.

Según la Constitución de 1822, el alcalde de New-

York era elegido por el consejo municipal. Después de 1834 fué elegido por los ciudadanos. La Constitución de 1846, que representa el nivel más elevado que alcanzó jamás la democracia, efectuó algunos cambios muy acertados y excelentes, á cambio de otros muy perniciosos, en el gobierno del Estado; pero afectó relativamente poco al sistema municipal, salvo en un punto muy importante; hizo electivos, no sólo á los funcionarios locales, sino también á los funcionarios judiciales. La elección de los jueces por el sufragio universal, en esta gran ciudad, á pesar de haber dado mejores resultados de que lo que se esperaba, ha producido de cuando en cuando malos efectos. Sin embargo, lo largo del período, la elevación de los sueldos y sobre todo, la conciencia general y popular, de la alta consideración unida á este empleo, nos han proporcionado, en conjunto, un buen cuerpo judicial.

Los rasgos característicos de la vida de la ciudad, desde 1820 á 1860, fueron el aumento rápido y regular de su población, la introducción de un sistema de gobierno enteramente democrático, la inmigración inmune, que cambia por completo el carácter étnico de su población, el sorprendente desarrollo de la Iglesia católica romana y la gran prosperidad material, rasgos á los cuales hay que añadir las enormes fortunas que hicieron un gran número de hombres dedicados á los negocios y que, en su mayor parte, eran de origen oscuro y humilde.

La apertura del canal del Erye proporciona un empuje extraordinario al desarrollo de la ciudad. El proyecto del canal había sido concebido y las negociaciones habían sido encaminadas á conseguir este fin, hechas en diferentes épocas por varios ciudadanos de

New-York, en particular por el gobernador Morris; pero la obra fué realmente llevada á efecto por Witt Clinton, á despecho de una violenta oposición.

Clinton, más que ningún otro, fué responsable de la introducción del corruptor sistema de la ralea de las plazas en el Estado. Casi todo lo que él hizo como hombre de Estado redujose á luchas de facción, mirando á su propio provecho. Era celoso de todo competidor, y al mismo tiempo, no era tan notable que pudiese llegar á ser un personaje importante en la palestra nacional. Pero era sincero amante de su ciudad y de su Estado. Interesábase vivamente por todas las obras filantrópicas, científicas é industriales que pudiesen contribuir á su honra y prosperidad material. El entrevió las inmensas ventajas que podía producir el canal y la posibilidad de su ejecución. Desplegó una energía inaudita é hizo todos los esfuerzos posibles para hacer tomar al Estado la decisión que él anhelaba. En 1817 se comenzaron las obras, y en 1825 estaban terminadas y el canal abierto.

Durante el mismo período se establecieron simultáneamente dos líneas regulares de *steamboats* sobre el Hudson y en el Lound. El servicio de la navegación á vapor no tardó en tomar una gran importancia comercial.

Esto ocurría, próximamente, veinte años antes de que los caminos de hierro entraran á formar parte en el desarrollo de la ciudad; pero bien pronto aventajaron á los *steamboats* y después al mismo canal. Las líneas se multiplicaron hasta el infinito, y fueron las grandes arterias que alimentaban el comercio de New-York.

El telégrafo eléctrico se introdujo también antes de la mitad del siglo, y lo mismo que ocurrió con la na-

vegación á vapor, el hombre que primero le dió valor práctico fué un neoyorkino, Samuel Morse, si bien antes que él otros muchos hubiesen adivinado su porvenir y efectuado varios esfuerzos para hacer un instrumento de utilidad práctica.

Los transportes por el vapor y la electricidad han sido los dos agentes primordiales en las grandes revoluciones comerciales é industriales de este siglo, y New-York ha producido estos dos hombres, á los cuales es deudora de su introducción. Fulton y Morse aparecen como los tipos del genio inventivo, mecánico y comercial de la ciudad que crecía en la embocadura del Hudson.

Pocas capitales comerciales se han desarrollado con tan maravillosa rapidez como New-York.

Los grandes negociantes y especuladores que han alcanzado su prosperidad material, no han hecho solamente su fortuna y la de la ciudad. Han desempeñado, además, un papel importante, abriendo más rápidamente el interior del continente americano durante el presente siglo. Este resultado se ha podido obtener por la actividad, por la ambición extremada de los aventureros comerciales, manejando los maravillosos útiles que ha forjado la ciencia de nuestros días. El negociante, el «rey de los caminos de hierro», el capitalista que hace trabajar ó que arriesga su capital en empresas enormes, y que despliega para conseguir su objeto una inteligencia tan sutil, tan viril en su género como la de ningún hombre de Estado ó guerrero, todos estos hombres y sus semejantes son y han sido, entre los personajes más sorprendentes, los más importantes de la América del siglo XIX, ya que no sus más nobles representantes.

Dos neoyorkinos de este tipo son bastante impor-

tantes para poderlos presentar como modelos de su clase: Juan Jacobo Astor y Cornelio Vanderbilt.

Astor fué buhonero. Este alemán llegó á la ciudad á punto de acabar la revolución. Empezó el comercio de pieles al por menor. Gracias á su energía, á su economía, á su perspicacia, llegó bien pronto á disponer de un capital considerable, arriesgándose en seguida en operaciones más vastas.

El comercio de pieles era, en el Norte, poco más ó menos, igual que el de oro y plata en el Sur. Hacíanse aquí grandes fortunas. La carrera de negociante en pieles era fecunda en sucesos novelescos y en azarosas vicisitudes.

Astor aumentó rápidamente su capital y formó parte de las gigantescas Compañías del Canadá. Finalmente, en 1809, organizó la Compañía americana de pieles, bajo los auspicios del Estado de New-York, proponiéndose nada menos que establecer una colonia de traperos y mercaderes de pieles en la embocadura del Colombia. Envió sus tropas de voluntarios por tierra y por mar, estableció correos y dió un enérgico empuje á su fructuoso comercio. Sin duda hubiese conseguido en el transcurso de una generación la colonización del Oregón, si no hubiera estallado la guerra ni hubiera sido destruida la colonia por los ingleses.

La mayor parte de su fortuna la ganó en afortunadas especulaciones sobre fondos de la ciudad de New-York. A su muerte, era uno de los cinco personajes más ricos del mundo.

El mayor beneficio que prestó á la ciudad fué la fundación de la biblioteca Astoriana.

Vanderbilt era un joven de Staten-Island, cuyos parientes eran muy pobres. Por esto le fué preciso, desde su juventud, trabajar para vivir.

Antes de la guerra de 1812, á la edad de quince á veinte años, conducía él mismo un *sloop* de vela, que hacía el servicio de barca de paso entre Staten-Island y New-York. Bien pronto ganó el suficiente dinero para establecer una línea de barcos de esta clase.

Después de la guerra vislumbró el porvenir de la navegación á vapor, y se puso á mandar un *steam-boats* como capitán y asociado á la empresa. No tardó en verse bastante rico para negociar por sí mismo, y así lo hizo, instalándose en New-York.

Organizó líneas de vapores entre el Hudson y el Lound, y vió afluir el dinero á sus manos.

En 1849, cuando se declaró la fiebre del oro en California, dirigió su atención sobre la navegación á vapor en el Océano, y durante muchos años empeñó una famosa lucha con la Compañía titulada *Pacific Mail Steamship* (navegación á vapor del Pacífico) para el tráfico á través del istmo de California. Tuvo un conflicto con el filibustero Walker, por causa de sus relaciones con los Estados de la América central, y fué una de las fuerzas que concurrieron á la caída de este aventurero de ojos grises.

Después se dedicó á la construcción y dirección de los ferrocarriles y á la especulación sobre sus acciones.

Al finalizar su vida, disfrutaba de una fortuna colosal.

La historia de las especulaciones de Wall-Street, en las cuales tomó parte, constituye la nota menos simpática de su vida.

Astor y Vanderbilt eran los representantes mejor vistos, los más típicos del New-York comercial de su época, tanto como Hamilton y Jay eran para la New-York política durante la guerra de la revolución y después de ella. Ni uno ni otro eran ingleses. Astor

era alemán y Vanderbilt descendía de antiguos colonos holandeses. Ambos eran de origen oscuro y descollaron por la sola fuerza de voluntad.

Ciertamente que no merecen, ni por un solo instante, compararse, en el Libro de Oro de la ciudad, con hombres como Hamilton ó Jay, como Cooper ó Irving.

Antes de la época de la navegación á vapor, de los caminos de hierro y del telégrafo, existió la de los rápidos *clippers*, cuyas blancas alas se batían sobre el Océano desde la época de la guerra civil. Los *clippers* de New-York, como los de Baltimore, eran famosos por su rapidez, su grandor y su belleza. Sus constructores recurrían á todos los medios posibles para llevarlos á la perfección, y muchos años después que fueron construidos los *steamers* lucharon sin gran ventaja contra estos formidables rivales. Había entre ellos barcos fuera de línea, que más de una vez hicieron el viaje á Inglaterra en quince días.

Es un hecho curioso que los Estados Unidos, que llegaban solamente á ocupar un lugar entre las potencias cuando la navegación á la vela tocaba á su fin, y que no habían ni siquiera figurado entre las naciones cuyos hijos recorrían los mares sobre barcos, hayan practicado el arte de construir, de maniobrar, y también, cuando era preciso, de emplear en el combate estos antiguos barcos de vela, en toda su variedad: navíos de guerra, navíos de corsario, navíos de comercio, balleneros, tal como jamás se ha alcanzado.

Las fragatas y los corsarios fueron perfeccionados durante la guerra de 1812. Los *clippers* mercantes hicieron progresos inmensos después de esta fecha. Los antiguos barcos eran de tosca fabricación. Bien pronto cedieron su puesto á la línea de *paquebots* rápidos, tales como la «Bola Negra» (*Black Ball*), la

«Estrella Roja» (*Red Star*), la «Cola de Golondrina» (*Swallow-Tail*), establecidos unos después de otros por valerosos y aventureros negociantes de New-York. Estos *paquebots* hacían á la vela con rumbo á los puertos de Europa.

Antes de mitad de siglo se crearon líneas de *clippers* para el comercio y para el transporte de pasajeros en California y en los mares de la China. Sus dimensiones llegaban algunas veces á dos mil toneladas. Comparados con los navíos mercantes de Europa, su superioridad de velocidad y seguridad les proporcionaba á los comisionados una ventaja de la mitad en el precio de los transportes de cargamentos de té ó de otras mercancías de Oriente.

Los grandes importadores, tanto como sus capitanes, ganaban mucho dinero con estos navíos. Sin embargo, causas diversas han hecho que perdiesen el comercio de transporte. Pero el desarrollo de la ciudad no ha sido interrumpido por esta pérdida.

Las flotas comerciantes de otras naciones se estrechan en su punto. La creación rápida y constante de varias manufacturas ha convertido la ciudad en un gran centro industrial.

No hay que temer que la prosperidad comercial peligre, ni que la suma total de la fortuna pública llegue á disminuir, como tampoco el número de personas que pueden clasificarse entre la comodidad y la extrema opulencia. El peligro estriba en el aumento de la pobreza excesiva, en la acumulación desproporcionada de la población en ciertos barrios, y también en el ahondamiento real ó aparente de la distancia que separa los ricos de los pobres; en otros términos, en el hecho que de una parte se crean fortunas colosales, y de otra se forma una numerosa población de gente que

habita en tugurios, población compuesta en parte de jornaleros que nada economizan, y en parte de proletarios que no ganan lo bastante para proporcionar á sus familias lo más indispensable.

Este crecimiento alarmante en el número de pobres á perpetuidad, es uno de los males que equilibran más ó menos poderosamente los beneficios aportados en el siglo presente por la libertad de la inmigración europea.

Aun antes de la guerra de 1812, la inmigración exterior había sido considerable, pero no había tomado importancia hasta el fin del conflicto. Pero entonces crece muy rápidamente. En 1818 y 1819 llegaron á New-York más de veinte mil inmigrantes, y fueron registrados en la alcaldía.

Al principio, la mayoría de ellos eran gentes muy pobres, muy ignorantes y poco capaces de salir á flote en su ambiente. Alojábanse en cobertizos, en cuevas y en desvanes de toda especie. En invierno tenían que recurrir á medios desesperados para alimentarse, y eran socorridos á millares por los particulares ó por sociedades organizadas para este fin. No se dirigían nunca hacia la *frontera* (entendiendo por tal el límite del territorio colonizado y del territorio por colonizar), y como la mayoría de los inmigrantes del siglo actual, querían mejor quedarse en las grandes ciudades que establecerse en el campo.

De un año á otro, la masa de inmigrantes crecía, sin otras variaciones que fluctuaciones ocasionales y temporales. Hacia 1830, la inmigración crece de tal suerte, que supera á todos los movimientos de este género que se han efectuado en el mundo. Después de la carestía de las patatas en Irlanda, y las revoluciones de 1848 en el continente europeo, los que huían

ante el hambre y la opinión política llegaron á centenares de miles. El número de los inmigrantes que se establecieron en New-York fué más considerable que en otras partes con relación á la población, perteneciendo, naturalmente, en su mayoría á la clase inferior ó á la última escala de la clase media.

La inmigración produjo un trastorno completo en el carácter social de la población, trastorno que tenía ya precedentes en la historia de la ciudad.

Los inmigrantes y sus hijos llegaron bien pronto á superar en número á los descendientes de los habitantes anteriores á la revolución, y este cambio fué acelerado porque un gran número de estos últimos, probablemente muchos más de la mitad, se dejaron arrastrar hacia el Oeste, por esta afición á los cambios perpetuos, que es un rasgo tan característico de su nación.

Entre ellos había un gran número de ingleses, de escoceses y descendientes del país de Gales, así como algunos escandinavos; aquéllos se amalgamaron muy pronto con los naturales hasta el extremo de no distinguirse unos de otros. Pero entre los que se establecieron en la ciudad de New-York durante el medio siglo que precedió á la guerra civil, los irlandeses y los alemanes formaron la parte más considerable, quizá más de los cinco sextos, aunque sobrepujando con mucho los irlandeses á estos últimos.

Los alemanes habían formado un elemento importante de la población de la ciudad desde la época de Leisler, que era alemán, y que, á excepción hecha de Stuyvesant, fué el personaje más importante en la historia de la ciudad colonial. Es probable que en ninguna época, por su número y su situación, descendieran al cuarto término entre las nacionalidades que se

fundieron al mismo tiempo para constituir todos los ciudadanos de New-York.

A comienzos del presente siglo, los descendientes de los antiguos inmigrantes alemanes habíanse americanizado por completo. Los nuevos enjambres de alemanes, sobre todo en nuestra ciudad, resucitaron su lengua nativa, y como se establecieron en numerosos grupos, formando muchas veces toda la población de ciertos distritos, conservaron con tenacidad sus costumbres particulares, tuvieron sus iglesias y publicaron sus periódicos.

Sin embargo, el sistema de las escuelas públicas y la energía universalmente invasora de la vida americana actuaban como disolventes muy activos para que la tenacidad alemana pudiera resistir á su acción.

Algunos se libraron de la americanización, formando un bloque inútil; pero después de una ó dos generaciones, la mayor parte fué absorbida, y los niños se americanizaron totalmente en muchos de los casos, lo que era para ellos una ventaja inapreciable.

En el tiempo que existieron extranjeros propiamente dichos, es decir, hablando lengua extranjera, ocuparon dentro del cuerpo político una situación inferior á la que les daban derecho sus buenas cualidades. A medida que iban convirtiéndose en americanos por el idioma y usos, se elevaban al mismo nivel que los naturales.

Los dos tercios de entre ellos, probablemente, eran nominalmente protestantes, y no tenían preocupaciones religiosas que fuera preciso sobrepujar ó destruir.

Eran económicos, duros para el trabajo, y, en suma, obedientes á las leyes. No solamente se elevaron rápidamente en la escala social, sino que en seguida

acogieron con preferencia nuestro idioma, considerándolo como su lengua materna, siendo imposible distinguirlos entre los demás americanos, con quienes estaban mezclados.

Dieron personajes influyentes en todos los ramos del comercio, en todas las profesiones. Muchas veces fundáronse entre ellos familias de alta distinción social y política, prestando un gran servicio á la ciudad por los esfuerzos que hicieron para fomentar, entre el pueblo, el gusto por la música y otros placeres superfluos.

Sin el amor del clero luterano por la lengua alemana, su iglesia hubiera sido una de las más importantes entre las iglesias protestantes.

La iglesia católica ó céltica irlandesa comprendía, desde el punto de vista numérico, la clase más saliente de los nuevos inmigrantes; las gentes de esta raza llegadas aquí en los tiempos coloniales habían sido importadas, en su mayor parte, como servidores alquilados ó como criminales.

A diferencia de los alemanes, no formaron una facción apreciable de la comunidad, sino después de la revolución. Poco después de comenzar el siglo actual, formaron la parte más considerable de la inmigración y comenzaron á constituir una clase de neoyorkinos que ocupó un lugar cada vez mayor.

Estaban lejos de mostrar tanta sobriedad como los alemanes, ni tantas aptitudes para los negocios. También quedó una gran parte de ellos como simples trabajadores, y no hubo sino un número relativamente pequeño, al menos durante la primera ó segunda generación, que se elevaran á puestos importantes fuera de la política.

Dieron mucho más contingente al elemento turbu-